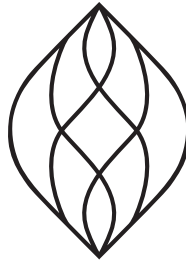


hikaru



mario flores



EDITORIAL

nudista

mario flores

hikaru

We ride tonight ghost horses

Radiohead

1

Una tarde recibe un correo electrónico de una dirección desconocida. Lee atento hasta el final y luego se queda acostado mirando el techo. Al cabo de un par de horas vuelve a leer el mensaje, lentamente, casi como si estudiara cada palabra. Es preciso que entienda lo que está escrito allí. Después vuelve a su posición horizontal. Observa el hipnótico movimiento del ventilador dibujando sombras rápidas en la superficie del techo y se queda dormido.

Sueña algo que no recordará luego y se despierta cuando ya es de noche. Vuelve al mundo real por la voz de su madre, gritándole desde la sala que la cena está lista. La computadora sigue encendida, como una luz eterna y silenciosa, alumbrando el cuarto. Es invierno.

Vuelve a leer. Esta vez lee en voz alta, para sentir el sonido de cada cosa dicha. Quiere estar seguro de que no se trata de una broma o una equivocación.

“Hola. Tanto tiempo. Te escribo porque estamos por ir de vacaciones de invierno para allá. Maca quiere conocerte. No se lo prohibí. Cumplió diez la semana pasada, capaz te

olvidaste igual que los otros nueve años. Si querés conocerla me decís. Ella insiste en conocer a su papá. Vamos a estar una semana nada más. Saludos a tu madre si es que sigue viva”.

Su madre entra a su cuarto a repetir el anuncio, la cena está lista, si se demora más se le va a enfriar.

Decide responder. Quiere hacerlo de una forma escueta y veloz, sin dejar rastro de sorpresa o emoción alguna. Impersonal, en definitiva.

“Hola. Sí, tanto tiempo. Gracias por escribirme. No sabía que tenías mi dirección. Claro que quiero conocer a mi hija. Será un gusto. Avisame cuándo y cómo arreglamos la reunión. Mi madre sigue viva, gracias por el interés”.

Lee en voz alta su propio mensaje para estar seguro de que no comete errores, como sonar débil o incongruente. Una vez convencido de que es mejor dejar de vacilar, lo envía. Va a la sala, se sienta a la mesa y contempla su plato de comida fría. Devora sin pensar, y se le ocurre que así debe hacerse con la mayoría de las cosas en esta vida. Devorar y no pensar.

2

Al principio su madre se pone contenta con la noticia de que tiene una nieta, pero cuando se entera de que la nieta tiene diez años pide saber más. No entiende la historia, le parece un absurdo. Le pregunta quién es la sinvergüenza que le quiere encajar una criatura. Él le explica, con paciencia, que nadie le quiere encajar nada. Tiene una hija de diez años que no conoce. Con aquella chica que solamente fue una vez a su casa. La del flequillo teñido de rosa. La hija del ferretero. Esa misma. Con ella tuvieron una hija.

—¿Y qué pasó entonces? —le pregunta, ansiosa.

—No pasó nada. Le dije que yo no estaba preparado...

—¡Y claro que no estabas preparado, si eras un chico!

—Mamá ¿por qué no esperas a que te termine de contar?

Le dije que no estaba preparado y si podíamos solucionarlo de otra manera. Le propuse abortar.

Mientras escucha, su madre se hace la señal de la cruz varias veces, invoca a la virgen María y solloza de vez en cuando. Se entera de que la hija del ferretero no quiso abortar y que tuvo a la bebé. Que el ferretero la mandó a vivir con la

hermana, que vivía en la capital. Que hasta ahí fue él un día, unos meses después, con la intención de verla y arreglarlo todo, formar una familia, enmendar su error. Que no la encontró y dejó de buscar. Que durante un tiempo el ferretero lo buscaba para cobrársela y mandarlo al hospital. Que no sabía ni el nombre de su hija, ni el día de su cumpleaños. Que se enteró de ambas cosas gracias a una de las amigas chusmas que siempre solía tener. Que de todos modos se resignó a no buscar. Y que pasaron diez años de eso.

Su madre le recomienda conocer y empezar a estar presente en la vida de la nena, ir a confesarse y pedir disculpas a la madre y su familia. Él está de acuerdo con todo menos con lo de ir a confesarse. Su madre le dice que además de estar en paz con su hija y la hija del ferretero, tiene que estar en paz con Dios por sobre todas las cosas. Él le dice que lo pensará, solo para dejarla tranquila.

Esa noche no duerme y pasa la madrugada sentado a la computadora, revisando si tiene respuesta sobre el encuentro. Espera datos, una dirección, un horario. No recibe ninguna de esas cosas. Decide imaginárselo. Piensa detenidamente cómo saludará, qué explicación o qué mentiras dirá sobre sí mismo, si encontrará algún parecido físico, si el gusto de helado que escogerá su hija será también de su agrado.

Cuando el sueño y el ardor de ojos lo derrotan está casi amaneciendo. Se acuesta y cierra los párpados. Se duerme de inmediato y, por primera vez, fantasea en sueños con algo parecido al futuro.

3

Despierta cerca del mediodía. Su madre está a la mesa, con lana y agujas de tejer en las manos. Le dice que su comida está ahí, ya fría, que si quiere se la calienta. Él le dice que no es necesario y le pregunta qué está tejiendo.

—Una bufanda para mi nieta. ¿Cuándo la vas a traer? — le pregunta, sin levantar la vista del tejido.

—Todavía no sé ni cuándo la voy a conocer, mami...

En lugar de sentarse y comer vuelve a su cuarto y revisa si tiene algún mensaje nuevo. Nada aún. No sabe exactamente cuándo son las vacaciones de invierno. No sabe cuál es la semana que menciona el mail. No sabe siquiera si la ferretería sigue existiendo, para ir a averiguar. No sabe si el ferretero se la sigue teniendo jurada. Se le ocurre que puede ir a ver, aunque sea desde la vereda de enfrente, por si acaso.

Una hora después, cuando está a punto de salir a la calle, se detiene a observar a su madre: sentada a la mesa, con lentes bifocales, tejiendo una bufanda color fucsia para proteger del frío el cuello de una niña que no conoce.

Esa palabra lo persigue mientras camina por el pueblo. Proteger.

4

En la sabana, las leonas dan a luz a sus cachorros lejos de la manada. Normalmente, una leona tendrá entre uno y cuatro cachorros en una camada. Dado que los cachorros nacen completamente indefensos, la leona los mantiene ocultos de todos los animales, incluyendo de su propia manada. Los cachorros ni siquiera abren los ojos hasta las dos semanas de edad. Cuando tienen cerca de ocho semanas de edad, finalmente la leona se los presenta a su manada.

5

Donde antes estaba la ferretería junto a la casa de la madre de su hija ahora hay una farmacia. Un montón de gente entra y sale constantemente. Es invierno y las epidemias son algo usual. Gente con las caras cubiertas con pañuelos desechables hacen fila y sacan número para comprar antigripales.

Él, desde la vereda de enfrente, observa el caos.

Decide entrar, aunque sea para ver si el lugar le arroja algún recuerdo a pesar de la remodelación. Es mucho más limpio el ambiente de una farmacia que el de una ferretería.

Se pierde entre las góndolas de productos para el cabello y pañales para recién nacidos. Piensa en que nunca ha cambiado un pañal. No sabe cómo hacerlo; no sabe qué coloridos dibujos llevan los pañales. Tampoco sabe si su hija es alérgica a algo, o si padece alguna enfermedad. ¿Debería preguntárselo?

Solamente para disimular su pérdida de tiempo, toma un desodorante y un dentífrico y se acerca a la fila para pagar. Embarazadas y ancianos abundan y pasan primero. Del otro lado de la caja un humano con semblante de androide recibe el dinero y entrega las compras en bolsas de plástico.

Piensa que debe ser muy bueno tener un trabajo como ese. Sin necesidad de hablar, extendiendo la mano para recibir el dinero y entregando bolsas de plástico con las compras hechas, sin que sea preciso mostrar emoción o empatía alguna. Él quisiera ser cajero de un comercio. Con un horario fijo e inmutable.

Cuando llega su turno para pagar imagina que allí estaba la caja registradora de la ferretería, en algún tiempo. Infinitos anaqueles con tornillos y arandelas decoraban la pared posterior, donde ahora se ven ganchos de los cuales cuelgan preservativos y cepillos de dientes.

—¿Algo más? —pregunta el cajero.

—Un destornillador.

—¿Cómo?

Queda en silencio. Nada más, se corrige. Paga y sale de la farmacia. Cruza la calle y vuelve a mirar hacia el local. Gran cambio. El mundo sigue su curso y todos los sitios conocidos cambian, hasta que nos volvemos extraños para nosotros mismos.

La casa, al lado de la farmacia, tampoco es la misma de antes. Se ve mucho más grande y luminosa. Hay una placa con la numeración y un apellido, pero no alcanza a leerlo. Intuye que no es el mismo, otra gente vivirá allí.

Él también debería mudarse y dejar a su madre en paz. Debería tener un trabajo y un rostro serio, como el cajero de la farmacia, expresar menos el infierno o la incertidumbre. Empieza a caminar y se aleja de a poco. Se responde a sí mismo que es un trabajo peligroso, estar expuesto a gente enferma, pestes. Es mejor quedarse en casa, con la nulidad y las tormentas previsibles de siempre, quiere convencerse de ello.

Y aunque no lo lograré, continúa paseando por el pueblo, observando las vidas ajenas, desde afuera, como un espectador pasivo que no juzga, que no compara. No siente tener con qué.

6

Pasa otro día y sigue sin recibir noticias. Sabe que lo indicado es escribir e insistir, demostrar su interés, tomar partido. Se sienta frente a la computadora y ensaya en varios intentos el contenido de su carta. No sabe si preguntar cuándo le presentará a la niña, o si es lo correcto preguntar si ya ha llegado al pueblo primero. ¿Debe mencionar que anduvo por la ferretería devenida en farmacia? ¿Podría tomarse eso como un gesto de merodeador? Prefiere no mencionarlo.

De hecho, en el medio de la carta y sin darse cuenta, miente un poco. Agrega que no tiene mucho tiempo, que sería mejor saber con considerada anticipación el día y la hora de la reunión, su trabajo no le deja mucho tiempo libre. Siente que suena convincente, pero no incluye qué empleo dirá tener. Ideará una respuesta por si se lo preguntan.

Pulsa Enviar.

Su madre, en la sala, reza el rosario en voz alta. Todas las tardes. A veces invita a otras vecinas para que recen con ella, prenden una vela o dos y lo invitan. Él nunca acepta, pero

oye que lo nombran. Piden por él y por su vida, porque encuentre un camino.

Cuando terminan de rezar el rosario casi siempre empieza a oscurecer. Las vecinas suelen irse dejando elogios para él. Qué grande está tu hijo, le dicen, tráelo a misa el domingo, le dicen. Él, desde su habitación, oye todo con oídos de búho. Al otro lado del hemisferio.

7

Esa misma noche recibe respuesta. Ella y la niña ya han llegado hace días, pero la reunión está prevista para el día siguiente. Le admite que estaba retrasando lo más posible el encuentro, no quiere que su hija pase por confusiones. Le detalla la dirección de la casa de sus padres. *No vayas a pasar por la casa de antes, nos mudamos*, dice el correo. *Hay una plazoleta al frente, ahí podremos charlar.*

Él termina de leer y apaga la computadora. Cepilla sus dientes y se acuesta temprano por primera vez en semanas. Generalmente pasa las madrugadas mirando páginas porno y episodios de series de ciencia ficción, intercalando una cosa con la otra y durmiéndose cuando está amaneciendo.

Programa una alarma y cierra los ojos, ansiando un sueño sólido y rápido. Repite mentalmente las cosas que planea para el día siguiente.

Al parecer un perro herido vaga por la cuadra, y su llanto agudo no se detiene, sin embargo logra quedarse dormido sin más.

Mientras duerme sueña que entra nuevamente en la ferretería de antes. Sueña que consulta por materiales que no necesita, por herramientas cuyo uso desconoce, pide requisitos para un préstamo al cual sabe que no califica. Sueña que ella lo atiende y responde amablemente todas sus preguntas. Así se conocieron.

Las escenas de su sueño van mutando y él recorre los pasillos que huelen a madera y metal junto con ella. Sería imposible saber si esboza una sonrisa en medio de la madrugada mientras vive ese sueño.

8

Despierta tranquilo apenas cinco minutos antes de que la alarma suene.

Va a la cocina y se prepara un café haciendo el menor ruido posible para no despertar a su madre, que aún duerme plácidamente.

Desayuna en silencio, con la televisión y las luces apagadas. La luz del día aún no es lo suficientemente intensa como para que se ilumine toda la sala, por lo que permanece sentado, con su taza entre las manos, y bañado por una apacible oscuridad.

Se repite mentalmente el horario indicado. *Diez de la mañana, diez de la mañana, diez de la mañana.*

Mira la pantalla de su celular: el reloj recién marca las ocho y media.

Va hasta el cuarto de su madre y entra sin hacer ruido. Escucha su respiración cálida.

—Mami... voy a salir.

Ella no se despierta ni se inmuta, continúa durmiendo y respirando con fuerza. Él sale de la habitación, sin preocuparse

por no haber sido escuchado. Lo hace solamente para dar por cumplido su anuncio así no sea oído.

Un minuto después echa llave a la puerta principal y sale a la vereda. El cielo nublado mantiene todo con una frágil aura gris en la tierra. Hace frío y la poca gente que se alcanza a ver en la calle va con largas bufandas que envuelven la mitad del rostro. Él también se cubre y mete las manos en los bolsillos, camina mirando hacia abajo, como un humano más que sale a la mañana.

9

A las nueve de la mañana ya se oyen más voces en el ambiente. Algunos almacenes abren sus puertas y en la plazoleta un hombre alrededor de los cincuenta años barre hojas y papeles con una escoba gastada.

Se sienta en uno de los bancos cerca de los juegos, que a esta hora están vacíos. Un tobogán multicolor domina el centro de la placita.

Esto también lo remodelaron, piensa. Antes la plaza era oscura y llena de espesos arbustos. Muchos adolescentes iban a comprar drogas ahí. Durante el día se encontraban infinidad de colillas de cigarros, pipas de papel de aluminio y preservativos usados.

Ahora los juegos infantiles ocupan el centro del lugar, impecables y en buen estado. Un escenario en la parte posterior presume un mural con una frase en letras celeste y blanco. *Patria, memoria y trabajo*. El hombre de cincuenta años pasa con su escoba cerca de donde él está sentado y le da los buenos días. Él responde moviendo la cabeza.

La mañana es gris y fría. La avenida de a poco aumenta su caudal de automóviles. Del otro lado una fila de casas, un colegio privado, un instituto de danzas folklóricas. Observa esas cuatro o cinco casas de la vereda al otro lado de la avenida. Sabe que de una de ellas saldrá su hija a conocerlo. Tal vez ya se despertaron, miraron por la ventana y lo habrán visto allí, con una hora de antelación. Esperando.

El hombre de cincuenta años termina de barrer y se queda sentado en una silla, al lado de un pequeño depósito en el último rincón de la placita. Enciende una radio a pilas y sintoniza algo que ya no se alcanza a oír.

Él se ve a sí mismo como ese hombre. Imagina que se dedica a echar barriga y a dejarse la barba. Se imagina a sí mismo con su ropa de tela de grafa y su escoba gastada, barriendo la plaza y dejando limpios los juegos de los niños, saludando a las madres que pasean empujando cochecitos, sirviendo agua para los perros callejeros que siempre andan por ahí, escuchando un partido de fútbol en su radio a pilas. Le gustaría ese trabajo y esa vida.

Mientras tanto, mantiene las manos en los bolsillos de su abrigo. De a poco los juegos son ocupados por algunos infantes. Las madres los observan desde cerca. Un padre le arroja una pelota a un pequeño niño, que ríe y la devuelve con una torpe patada. El espacio se inunda repentinamente de sonidos, risas, voces, bocinas, la radio del cuidador.

En medio de todo eso, él y su silencio, aguardan.

Hacé clic en el logo de abajo para seguir leyendo
este libro en la **biblioteca digital nudista**.



Del Autor

Mario Flores nació en Tartagal, provincia de Salta, en 1990. Es escritor y editor. Coordina talleres de lectura y escritura potencial para adolescentes y adultos. Aparece en las antologías *Jardín 16* (Minibús Ediciones, 2016), *Festival de Poesía Joven La Juntada VIII* (APOA, 2016), y la *Antología Federal de Poesía del NOA* (Consejo Federal de Inversiones, 2017). Fue seleccionado en la categoría Literatura de la residencia Enciende de la Bienal de Arte Joven (2017), y ganador de la primera convocatoria a poetas menores de 30 años del Festival Internacional de Poesía de Buenos Aires (2018). Publicó los libros de poemas *Nosotros niños mutantes* (2015), *Poesía para pasajeros urbanos con auriculares* (2016), *Cuando llegue el fin de los tiempos* (2017) y *Un silencioso modo de arder* (2017). Hikaru es su primera novela.

otros títulos publicados:

- despiértenme cuando sea de noche - fabio martinez (cuentos)
1027 - eloísa oliva (poesía)
el mundo no es más que eso - martín maigua (poesía)
vida en común - pablo natale (poesía)
casa de viento - antología personal - osvaldo bossi (poesía)
newton y yo - marcelo daniel díaz (poesía)
cielos de córdoba - federico falco (nouvelle)
unos días en córdoba - juan terranova (diario-crítica)
la pared - irene gruss (poesía)
el loro que podía adivinar el futuro - luciano lamberti (cuentos)
el tiempo en ontario - eloísa oliva (poesía)
orquídeas - margarita garcía robayo (relatos)
avenida de mayo - silvio mattoni (poesía)
K I K I 2 - cuqui (diario)
villa olímpica - carlos surghi (poesía)
los centeno - pablo natale (novela)
los pibes suicidas - fabio martinez (novela)
romper la vida - antología existencial - alejandro schmidt (poesía)
experimentos con seres humanos - carlos schilling (relatos)
razones personales - franco boczkowski (poesía)
la vertiente - sergio gaiteri (novela)
el asesino de chanchos - luciano lamberti (cuentos)
lima y limón - antonio jiménez morato (novela)
las noticias - hernán arias (novela)
donde empieza a moverse el mundo - carina radilov chirov (cuentos)

otros títulos publicados:

- el momento de debilidad – bob chow (novela)
- yo soy aquel – osvaldo bossi (novela)
- un oso polar – pablo natale (cuentos)
- la cabeza del monstruo – agustín ducanto (cuentos)
- acá había un río – francisco bitar (cuentos)
- EL ÁGUILA HA LLEGADO – bob chow (novela)
- los niños de renoir – mariana robles (poesía)
- viaje de omar – adrián savino (novela)
- firket mision tropical – marcelo miceli (novela)
- el resto de los días – natalia ferreyra (relatos)
- disfrazado de novia – carlos schilling (relatos)
- an zoología – leopoldo castilla (poesía)
- viento caribe – leopoldo castilla (poesía)
- ngorongoro – leopoldo castilla (poesía)
- los impuros – anaía giordanino (relatos)
- luces de navidad – francisco bitar (relatos)
- historia universal de santiago del estero – andrés navarro (poesía)
- las siete maravillosas antologías contemporáneas – pablo natale (poesía)
- cometa de la noche negra – diego vigna (novela)
- dioses del fuego – fabio martinez (cuentos)
- la tarde de los profetas – juan revol (poesía)
- lecciones de romanticismo alemán – carlos surghi (poesía)
- c6 c7 – fernando callero (novela)
- el montaje obsceno – claudio rojo cesca (cuentos)
- detrás de las imágenes – daniel medina (novela)
- una tristeza decente – salvador marinaro (cuentos)

flores, mario
hikaru / mario flores. - 1a ed. - río tercero : nudista, 2018.
84 p. ; 20 x 14 cm.

isbn 978-987-1959-77-8

1. novela. I. título.

CDD A863

este libro recibió la 2da mención en el concurso bienal federal de novela corta, organizado por el programa de cultura del consejo federal de inversiones [2017].

ficha técnica:

foto de tapa ::: luis alberto bravo

diseño y edición ::: martín maigua

contacto:

facebook ::: @edinudi /// twitter ::: @edinudi

contacto@editorialnudista.com.ar

www.editorialnudista.com.ar

también disponible en ebook:

www.tiendanudista.com.ar

también disponible en nuestra biblioteca digital:

www.biblioteca.editorialnudista.com.ar



EDITORIAL

nudista

queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método: fotográfico, fotocopia, mecánica, reprográfica, óptica, magnético o electrónico, sin la autorización expresa y por escrito de los propietarios y el editor. impreso en la argentina. todos los derechos reservados. queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723

ISBN 978-987-1959-77-8